

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



**H**ay una idea muy extendida acerca del ex presidente de México Carlos Salinas de Gortari. Se dice que Salinas “nos engañó” al vendernos la idea de que durante su sexenio habíamos ingresado al primer mundo; que México ya se había puesto a la hora de los países desarrollados. Incluso corrieron rumores de una posible reelección en virtud de lo exitoso de su gestión. Semanas después de haber entregado el cargo a su sucesor, Ernesto Zedillo Ponce de León, con el “error de diciembre” se derrumbó la imagen que se había construido. A partir de ahí siguió el autoexilio y la leyenda negra. Todos los males de los mexicanos se le achacaron a un sólo hombre. Todavía hoy es el “innombrable”, capaz de urdir una y mil maldades para manejar la vida política mexicana. ¿Cómo es posible que hayamos creado a tal personaje? ¿Cuáles son los argumentos en los que se sustentó su idea de modernidad? ¿Cómo fue capaz de convencernos de que éramos lo que no éramos? ¿En qué ideas se sustentó su gobierno? ¿Por qué intelectuales, políticos, comunicadores le rindieron pleitesía? ¿Por qué luego lo abandonaron?

Muchas de estas preguntas tienen respuesta en el libro de Luis Enrique Concepción Montiel, titulado “El discurso presidencial en México. El sexenio de Carlos Salinas de Gortari” que la editorial Miguel Ángel Porrúa en coedición con la UABC acaba de poner en circulación. Por si faltara algo, cuenta además con un prólogo de Lorenzo Meyer, ese profundo conocedor de la historia y la vida política mexicana. Con estudios de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, Luis Enrique desarrolla una acuciosa disección de una de los periodos más controvertidos y fascinantes de nuestra historia política moderna: el salinato.

Carlos Salinas de Gortari asumió el cargo luego

de unas elecciones fraudulentas. El 1 de diciembre de 1988 afirmaba que era parte de una generación que se proponía permanecer en el poder durante 25 años. Y al parecer así será, al menos porque los dos presidentes siguientes refrendaron su proyecto de desarrollo económico. De una elección tan cuestionada surgió la convicción de construir legitimidad a través de un gobierno eficiente. El proyecto que resume su visión del mundo y la receta para México fue el de la modernización. En ese proyecto, la reforma económica sería la madre de todas las reformas. Transformando la economía y adaptándola a la hora del neoliberalismo mundial, nuestro país avanzaría para dispensar justicia social. La transformación y apertura política podían esperar. Lo importante era ser modernos económicamente. Para ponerlo en términos de la época: Perestroika sin Glasnot.

Los principales actores se rindieron ante el discurso modernizador. El economista egresado de Harvard los convenció. Después de la crisis de 1982 y de que Miguel de la Madrid se despidió con niveles de inflación de tres dígitos, la medicina aplicada fue de contracción del gasto público y el redimensionamiento del Estado. La venta, liquidación, fusión y desaparición del sector paraestatal sirvieron para paliar y controlar las variables macroeconómicas. Pero todo el ajuste se hizo a nombre de la revolución. A la nueva ideología se le bautizó como “liberalismo social”; se trató de un verdadero contrasentido, nos lo dice el autor, pues en el fondo no era más que neoliberalismo a la mexicana.

En el discurso de la modernización, los culpables de la crisis eran los gobiernos populistas anteriores. Los gobiernos corporativistas que apostaron por la expansión del aparato estatal y que en su gigantismo

mo fueron incapaces de dispensar la justicia social, por la que los mexicanos habían hecho una revolución. De manera que la salida era pasar de un Estado propietario pero injusto a un Estado mínimo o modesto según la expresión de Michael Crozier, pero justo socialmente. Las instituciones no habían fallado, lo habían hecho los gobernantes que nos habían conducido de crisis en crisis. El mismo discurso de los nuevos gobernantes: tenemos instituciones inmaculadas, incuestionables, que hay que defender. Lo que fallan son algunos malos funcionarios. Las instituciones de la Revolución Mexicana siguen siendo viables.

Carlos Salinas de Gortari decidió que la justicia social se dispensaría a través del Programa Nacional de Solidaridad. En realidad se trató de una refundación del corporativismo. Por eso la distancia con el partido político que lo llevó al poder. Se trataba de un corporativismo alterno. El éxito fue tal que hasta se pensó en relanzarlo como un nuevo partido político. Años después de PRONASOL, transformado en Secretaría de Desarrollo Social, saldría el candidato Luis Donaldo Colosio.

Salinas de Gortari adelgazó al gobierno pero fortaleció el poder presidencial. Ese fue el saldo del sexenio magistralmente resumido por Carlos Monsiváis. “En México a menor Estado hemos tenido mayor presidencialismo”. Lejos de delegar el poder, se concentró aún más. La apertura económica no tuvo correspondencia en el plano político. La democracia siguió siendo una quimera. El autoritarismo gozaba de cabal salud. Como en todo régimen con esas características, la mayoría le rendía pleitesía al presidente iluminado, dispensador de favores y fortunas. Por eso sorprende la saña con que lo trataron posteriormente sus cortesanos. Las virtudes se transformaron en defectos y el santo se convirtió en demonio.

Correo electrónico: victorae@dns.colef.mx

El autor es investigador del Departamento de Estudios de Administración Pública del Colegio de la Frontera Norte